

estudiantes, sentado frente al fondo del paseo cortó en su origen el diálogo, tatareando la marcha real y exclamó sin cesar en la tocata:

—¡Chin, ta, chinta, tachín... tachín!... ¡tachín!...

Entonces miraron todos hacia abajo y otro de los escolares añadió adelantándose á los demás:

—¡En nombrando al ruín de Roma!... ¡Ahí están las chicas del Viaducto!...



CAPÍTULO II

NNDUDABLEMENTE que las muchachas se llamarían de alguna manera y llevarían algún apellido, aunque fuese el de cualquier Gómez ó el de cualquier Rodríguez, pero la turba estudiantil conocíalas sólo por el mote con que la propia banda les había bautizado. Un día les gustó á los prematuros calaveras el palmito de las niñas y en pelotón, formándoles una escolta regia por el número, echaron tras ellas resueltos á averiguar su domicilio; las abonadas perpétuas á Recoletos, vivían en el tercer piso de una casa nueva que formaba esquinazo con la calle de la Mo-

rería, donde se abría la entrada del edificio, dando la vuelta la fachada á las escaleras de piedra bordadas de jardines, que arrancan del hondón de la de Segovia empinándose con énfasis para rebasar á su vecino el Viaducto. A la otra mañana del día en que la siguieron, dos de los escolares se plantaron desde muy tempranito en el lomo del puente, decididos á no perder de vista los balcones de las niñas y á saludarlas en cuanto se asomasen; lo más probable era que no respondiesen; pero la mayor, por lo menos, "tomaba varas" y todo se reducía á hacer "una plancha" de las mayúsculas y á perder la clase de Romano.

Un buen rato llevaban acechando las vidrieras y haciéndole la competencia en paseos á los guardias de Seguridad que custodiaban el Viaducto, cuando los dos galanes distinguieron á Miguelito Cruz, uno de sus compañeros de banco en el aula, que venía despaciosamente pegado á la barandilla y sin quitarle ojo á las casas recientes de la Cuesta. ¡Vaya un lance chusco!... ¡A que también andaba Miguelito de

conquista!... ¡Eh!... ¡Que se abrían los balcones de las niñas y se asomaba la menor!... ¡Toma!... ¡Pues si Miguelito Cruz la saludaba sin quitarse el sombrero y ella le respondía sonriéndose, y se enredaban luego en una de señas que dejaba tamañito á la telegrafía óptica!... ¡Ah, bribón, qué oculto se lo había tenido!... ¡Por eso él no perdía su paseo diario á Recoletos aunque lo aspasen y siempre rehuía la compañía de los amigos!... ¡Ea, ya estaba fuera de turno el pretendiente de la pequeña!... Pero quedaba la hermanita. Los novilleros habíanle descubierto á su camarada desde la salida del Viaducto, donde les sorprendió al concluir uno de sus paseos la presencia de Miguelito Cruz sin que éste les advirtiese enfrascado en observar los edificios; al cabo de un rato, con la procacidad nacida de la confianza avanzaron lentamente hacia su compinche y ya cerca de él le gritaron: ¡Caíste en el garlito, buena pieza!... A Miguelito Cruz le supo á quina el encuentro pero no cabía el disimulo y confesó el noviazgo, suplicando á sus colegas que no lo

divulgasen. Entonces, callándose el adorador de la pequeña su fracaso y pensando el de la mayor sacar partido de las relaciones de su condiscípulo le confió, en secreto, "sin que pasara de los tres" que andaba cortejando á la hermanita. ¡Pues pierdes lastimosamente el tiempo—le dijo Miguelito Cruz—porque tiene amores formales con un comandante de caballería, de guarnición en Barcelona, que muy pronto vendrá á Madrid para casarse con ella!... La noticia fué para el pisa-verde una ducha inesperada y se quedó frío; al pronto se enfurruscó y juró y perjuró que no cedería y que la muchacha tomaba varas y... Pero después, acostumbrado á los trapicheos modistiles y á las conquistas fáciles, y no sintiendo por la jovencita más que el rescoldo de un capricho, se asustó ante la lucha y renunció á sus propósitos generosamente porque lo que es que "tomaba varas" era seguro y tan seguro. No se sabe si cumplieron ó no su palabra los dos estudiantes, de no revelar nada de los amores de Miguelito Cruz ó lo charlaron en reserva

á otros que á su vez lo extendieron en confianza; el caso es, que al mes y pico la clase entera de Romano, y especialmente los asiduos de Recoletos sabían dónde quemaba incienso Miguelito Cruz en holocausto á Eros y quiénes eran las chicas del Viaducto, á las que todos continuaban llamando con tal apelativo. Así iban los amores de Miguelito hasta aquella tarde y aquel momento en que el mozo oyó que venían las muchachas.

El primer impulso de Miguelito fué despedirse de sus amigos, temiendo alguna imprudencia de la turba, y escapar; pero las niñas se hallaban muy cerca y tuvo que permanecer sentado en su silla. En estas las niñas llegaron al grupo; la hermana mayor y la madre, aunque habían visto de lejos á los estudiantes pasaron sin mirarlos pero con la cabeza erguida como el que sabe que es observado y quiere demostrar su desdeñosa indiferencia, y la pequeña, disimulando su turbación y con las mejillas salpicadas por las amapolas del rubor al notar que Miguelito no estaba solo, le soltó á hur-

tadillas y atisbándole con el rabillo del ojo, el rayo de una mirada.

Las chicas del Viaducto eran propiamente el tipo clásico de la mujer madrileña; bonitas, más en conjunto que en detalle, el mayor atractivo de su rostro no consistía en la puridad de líneas de las facciones sino en la luz suave, de aurora, de la simpatía que les bañaba el semblante con un resplandor sutilísimo; las dos tenían ojos grandes, oscuros, cortesanos, cándidos y puros los de la pequeña, llenos los de la mayor de los borbotones de malicia y de los efluvios de sabiduría mundana, que hasta las criaturas de diez tiernos abriles poseen en la ciudad del Manzanares, tal vez por el poco recato de los padres que no se paran en considerar que los niños piensan con las pupilas y razonan con los oídos, cuando todavía no hay en su cerebro más que gérmenes de fósforo; por lo demás medían poca estatura hasta ser bajas, no obstante los cuatro dedos de los tacones, y su cara adolecía de la palidez y su cuerpo de la debilidad que engendra la escasa

alimentación disfrazada púdicamente con el nombre de anemia, bastando ver aquellos miembros endeblés para comprender que faltaban en la sangre tantos glóbulos rojos como cintas y lazos sobraban en el vestido. Porque las chicas del Viaducto presumían con fundamento de elegantes y apuestas, y á la verdad, los trajes á rayas de lanilla y los sombreros de castor blanco que aquella tarde llevaban podrían no proceder de París y, sin embargo, ostentaban una finura francesa y un corte irreprochables.

Apenas se alejaron las muchachas unos cuantos metros, Miguelito Cruz se apartó de sus amigos, que ya no intentaron detenerle, diciéndole al despedirle:

—¡Oye, á la bestia de la Apocalipsis de la mamá, que se compre otra capota, que parece con esa un tambor mayor francés de gran galal!

—¡Buena suerte, *musiú*, y cuidado con la barandilla no te precipites á la calle de Segovia!

—¡La sogá tras el caldero!...

Allá se quedaron gruñendo; Migue-

lito Cruz no oyó más y se metió por los jardinillos para acechar á su novia, procurando que ésta le viera, pero componiéndose de suerte que no fuera notado ni por la mamá ni por la hermanita. De sobra se sospechaba Miguelito, conociendo el carácter de su suegra futura, que algún capricho suyo sería la causa del retraso de aquella tarde, y como buen enamorado pagó la berrinchina sufrida con su novia y la puso un ceño terrible á sabiendas de que cometía una injusticia; pero al cabo desarmó su furia la sonrisa de ella y concluyó por desarrugar el entrecejo, y preguntarla cada vez que le miraba, con un arrugue de nariz expresivo que ya conocía la muchacha, qué diantres les había ocurrido para no venir antes; la niña, imposibilitada de responder á las mudas interrogaciones de su novio, se contentaba con atisbarle y al fin, aprovechando cualquier coyuntura, le enseñó con disimulo una carta muy dobladita que sacó del manguito de pieles.

Las chicas del Viaducto no tuvieron tiempo más que para llegar á la esta-

tua de Colón y volverse; las sillas del paseo íbanse quedando desocupadas, enfilándolas de nuevo los cobradores; muchas familias se retiraban ya hacia arriba, aclarándose poco á poco la muchedumbre de Recoletos y llenándose luego sus desgarros con los borbotones de gente que la Castellana escupía; los faroleros, erguidos de trecho en trecho, con la garrocha al hombro, coronada por un ojo candente, empezaban á encender el gas; un tropel de coches con las linternas ya encendidas descendía del Retiro por la calle de Olózaga, llenándola de estrellas errantes y torciendo después en derechura á la Cibeles mientras la niebla del crepúsculo se apoderaba del arbolado y obscurecía la multitud como el mar cuando comienza á envolverle la noche. Miguelito Cruz, hundiéndose en las sombras y aprovechando la penumbra creciente para acercarse, seguía en pos de su novia lo más próximo que le era posible; ya encendido todo el alumbrado atravesaron la Puerta del Sol entrándose por la calle Mayor, donde disminuyó la afluencia de gente

obligando á Miguelito á cruzar á la otra acera y á dejar que Lola se adelantase algo; como él sospechaba, entráronse por el solitario pretil de los Consejos á fin de cortar camino; entonces, al pasar por delante de un farol para que él la viese, tiró Lola al suelo una carta y él la vió, apresuróse á cogerla y atarozado por el espoleo de la impaciencia, la abrió á puñados y se puso á leerla á la luz del reverbero. Sólo constaba de cuatro renglones, trazados con lápiz, que decían: "Te escribo á escape estas dos letras para que no ignores que no ha sido mía la causa de nuestra tardanza en ir á Recoletos, sino un nuevo capricho de mamá que me ha costado un disgusto atroz; mañana te echaré carta á la hora de siempre contándotelo todo: te idolatra tu Lola."



CAPÍTULO III

¿A venido ya mi hermano? preguntó á la criada que les abrió la puerta, la madre de las chicas del Viaducto.

—¡Sí, señoral!

—Pues encienda la lámpara del comedor y prepare la sopa mientras nosotras nos desnudamos.

Y dichas estas palabras se dirigió doña Felipa á su alcoba y las niñas á la suya. Juanita, la hermana mayor, sólo se despojó del sombrero y del abrigo y se quedó con su ropa de calle, pretextando no tener gana de vestirse de nuevo, mientras Lola, la pequeña, se quitó completamente sus

atavíos y se puso una falda de casa, de lanilla verde, con blusa á tablas y ceñidor de la misma tela; luego, después de alisarse Juanita el flequillo delante del espejo, salieron las dos al comedor donde estaba ya doña Felipa, ataviada con un traje negro de salir, descendido por el uso á la categoría de doméstico, y una corbata de tul. cosa que constituía para ella la mayor de las elegancias, hasta el extremo de tildar de cursis á sus amigas que no gastaban semejante adorno. Doña Felipa hallábase enredada en cortar la torcida del quinqué, porque "tenía picos", gruñendo de las sirvientas que quieren ganar cincuenta reales y no saben aderezar las luces; por fin niveló la mecha, prendió un fósforo y encendió la lámpara, diciendo á la criada, que presenciaba la operación con un ceño adusto por la regañina, á la vez que le entregaba las tijeras:

—Avise usted al señorito Manuel y traiga la comida...

El haz de reflejos que se escapó del quinqué colgante, exparcióse por la estancia, surgiendo bruscamente los

muebles, de la sombra proyectada por la vela que iluminaba la habitación. La poca holgura de la pieza no consentía muchos embelecocos; así á un lado se alzaba el aparador de pino imitando á nogal, no muy agobiado por cierto de loza y cristalería y ocupando por entero una pared, junto á la ventana, abierta al patio, forrada de tela con las iniciales azules cosidas al forro del respaldo, veíase la butaca en que doña Felipa se sentaba á hacer media después de comer; enmedio estaba la mesa, cuyas patas desaparecían bajo las faldas rojas del tapete, descubriéndose por las aberturas de la bayeta la lumbre del brasero, las cuatro sillas necesarias se erguían pegadas á la mesa para ocupar menos sitio; un reloj redondo; por bajo de él un almanaque catalán, y varios cromos franceses colgados en los tabiques, adornaban el comedor, consonantando este ajuar tan modesto con la sencillez de la vajilla, que sólo ofrecía sobre los blancos manteles las dos botellas del agua y del vino y el cubierto de cada cual colocado delante de su asiento.

A poco oyóse cercana una tosecita asmática, y el señorito Manuel entró en la habitación siguiéndole doña Felipa que volvía de lavarse las manos infeccionadas por "el peste" del petróleo; sentáronse á la mesa y la criada trajo la sopa. Bastaba ver á don Manuel y á doña Felipa para sacarles el parentesco; no podía dudarse de que eran hermanos; las mismas facciones, los mismos gestos, las mismas actitudes, igual ambiente fisonómico tenían uno y otro sin salvar el sexo, pues por extraña casualidad, el rostro de doña Felipa reflejaba una dureza más propia que de la suya de la faz varonil de don Manuel, que poseía por el contrario en ella una dulzura suave y simpática. Doña Felipa pasaba del medio siglo de su existencia y lo llevaba tan bien, que no blanqueaba ni una hebra en su pelo castaño, señal segura de egoísmo, porque sólo cuando duerme el corazón puede llegarse á la cumbre de la vida sin canas en los cabellos; su cara redonda, ancha, carnosa, con algo de color de hígado en las mejillas ofrecía los pómulos salientes que como

los arrecifes en el mar delatan en las fisonomías un interior borrascoso y violento; el rostro de la buena señora parecía laminado por la brutalidad y por si no, allí estaban sus ojos en los que lejos de cabrillear la luz del pensamiento, negreaba la cerrazón de un cerebro siempre lleno de nubes; el carbonero de la esquina sintetizaba su opinión respecto á doña Felipa, diciendo con su ruda sencillez asturiana, que era muy animal. Su hermano don Manuel andaría al caer de los sesenta años y se le asomaba un achaque en cada arruga, retratando su semblante la queja continua del que se siente dominado por la vejez.

Doña Felipa empuñó el cucharón, lo hundió en la sopera que cansada de bordar de gotas de brillantes la tapa, echó al aire sus tenues vapores é "hizo platos". Don Manuel vació en el arroz un papelito de bicarbonato y después de mediar un vaso de vino y de agua de Insalús, metió la cuchara en la sopa, interrumpiendo el bocado para toser. La comida empezó; Juanita y su madre se mostraban impacientes,

expansivas, decidoras, como si por sus adentros se les desbordase el júbilo y les subiera al rostro el aluvión de la alegría; las dos zampaban alocadamente y sin casi darse cuenta de lo que hacían se atascaban de encurtidos y pan, engulléndose enteros los pepinillos, á los que doña Felipa profesaba gran devoción y los que ella misma aliñaba porque los de las tiendas, maldito si se "apetecen." En cambio Lola masticaba con la fatiga que acarrea la inapetencia y se le conocía que se esforzaba por aparecer contenta y sonriente; pero en sus párpados, un poco encendidos, se advertían los rastros de fuego que deja el turbión del llanto al pasar por los ojos.

Habían acabado la sopa y doña Felipa, después de limpiarse los labios, se echó al cuerpo un vaso de agua que debió saberle á almíbar á juzgar por la satisfacción con que dijo relamiéndose:

—¡Estaba rabiando de sed!

Don Manuel la dejó hacer y luego, con el tono solemne del sacerdote que ve profanado su ídolo, exclamó dirigiéndose á su hermana:

—Tú reventarás un día; te lo pronostico... No tienes ni noción de lo que es higiene. ¿Pero no comprendes que eso es un disparate?

—¡Pues es menester que sepas tú que nunca me ha hecho daño, y estoy más fuerte que tú, que tanto te cuidas!

Don Manuel, convencido de que argüir á su hermana era igual que argumentar al granito, no rechestó, y queriendo torcer el coloquio preguntó sin dirigirse á persona determinada.

—¿Habéis paseado mucho?

Doña Felipa, entretenida en recibir el cocido, no paró mientes en las palabras de su hermano, y Lola fué la que contestó á la vez que quitaba el plato sucio á su tío, dándoselo á la sirvienta:

—¡Poco! ¡Salimos muy tarde de casa! Así no tuvimos tiempo más que de entrar y salir en Recoletos!

—¡A propósito! exclamó Juanita metiendo baza en el charloteo. ¿Te has fijado, mamá, en lo que se gastan las gorritas? ¡Es que ya no se vé un som-

brero ni para un remedio! ¡Yo creo que éramos las únicas que los llevaban!

—¡Pues iremos mañana á casa de Abati á comprar dos formas y á que nos enseñen una gorra hecha, dijo doña Felipa, á la vez que distribuía los garbanzos; luego siguió usando su mulletilla habitual: ¡Es menester que sepas tú que hay que salir á comprar una porción de cosas! estamos en descubierto con todo el mundo, debemos la mar de visitas! ¡Necesitáis chaquetitas de primavera! ¡A tu hermana no le hace falta todavía, pero tú no puedes pasar sin un vestido! ¡Tampoco tienes zapatos! ¡Y no es cosa de que vayas á ver á nadie hecha una facha!

Y á la vez que doña Felipa desarrollaba este espléndido presupuesto de gastos, hacía esfuerzos heróicos de imaginación para dividir equitativamente entre todos la jícara de garbanzos que á lo sumo habría en la fuente, echándole al fin á cada cual un mononcito que, revuelto con la verdura, engañaba la vista, fingiendo mucho bulto y dejándole á la criada un resi-

duo insignificante, porque ella era “de poco comer”.

Don Manuel necesitó á esta sazón un palillo, los que la sirvienta había olvidado colocar en la mesa, y Lola no esperó á que acudiera la criada; se levantó y se lo trajo del aparador sin que Juanita mostrara intención de moverse. En todo el curso de la comida notábase en Lola un gran cuidado é interés por su tío y una dulce solicitud que parecía complacer á éste en extremo, sonriendo á su sobrina halagado por aquella ráfaga de cariño que le oreaba el alma con algo de rayo de sol.

Un golpe de tos violento acometió á don Manuel, y fijándose al fin en tal circunstancia, exclamó doña Felipa con acento regañón:

—¡Buen catarro has pescado!... ¡Te empeñas en ir al Retiro, y es menester que sepas tú que ahora está chorreando agua, de húmedo!

—¡Ején... ején.. ején!, repuso don Manuel medio asfixiándose. ¡Precisamente hace ocho días que no lo piso!

—¡Pues esta noche no sales y te

acuestas temprano á sudar!... ¡La chica te comprará *La Correspondencia!*

Trajeron la carne y el tocino y aparte para don Manuel, que no gustaba de ninguno de los dos, un filete excesivamente delgado con media docena de patatas fritas, por junto. Suerte y no poca era la de doña Felipa con que su criada fuera de "poco comer", y aun así se vió y se deseó la buena señora para fraccionar entre los comensales la media libra de vaca, dessubstanciada é insípida por la cocción, y el escrúpulo de tocino; tocaron á hebra; un tenedor se escapó con fuerza de manos de Juanita y después de chirriar en el plato pegó con fuerza en una copa, haciéndola vacilar y derramándose un poco de vino en el mantel. ¡Jesús, qué tonta estoy! murmuró Juanita apartándose por instinto para evitar el salpiqueo. ¡Quién sabe si el tenedor habíale hablado en su lengua de plata al cristal y á la loza, como para protestar unánimemente de aquel lujo desordenado de Juanita, en nombre de los glóbulos rojos y de los jugos del estómago vencidos por las galas y las

blondas! Don Manuel, cortando dos puntas del filete, obsequió á sus sobriñas con dos tajaditas y á todo esto Juanita y su mamá, moviéndose con la inquietud del que "está deshecho por la impaciencia", miraban el reloj de la pared á cada instante; dejaban de verlo, tornaban á clavarle las pupilas y el reloj sin señalar más que las siete y media.

De seguro don Manuel no se acordaba ya de que aquella noche venía Pepe León á Madrid; el desasosiego de su hermana y de su sobrina le trajo el hecho á la memoria y preguntó á Juanita:

—¿A qué hora llega ese muchacho?...

—¡A las ocho y media!... repuso la niña, jugando airadamente con un cuchillo con el que tocaba el tambor sobre los mantéles... ¡Pero como aquí los trenes traen siempre retraso!... ¡Sabe Dios!...

—¡Pareces un artículo de fondo de *El Liberal!*... le dijo don Manuel riendo la exclamación. ¡Pues sabe tú que, según una frase célebre, el día más

feliz de la vida es el de la víspera!...

—¡Se conoce que ese sabio tenía horchata de chufas en las venas!... repuso Juanita mirando de nuevo al reloj.

Sacaron el postre: un platito con bollos; cada quisque tomó un empiñonado, y enseguida Juanita corrió á lavarse las manos y á quitarse el delantal; doña Felipa se fué á encender el quinqué del recibimiento; la criada entró á recoger el servicio para quitar la mesa, y Lola, cogiendo del aparador una cocinilla económica y un tarro de vidrio, llenó de flores rojizas diminutas, se sentó junto á su tío y le dijo dulcemente, prendiendo fuego al alcohol:

—¡Voy á hacerte la manzanilla!...



CAPÍTULO IV

A las ocho de la mañana siguiente, estaba ya Miguelito Cruz estacionado en el Viaducto, frente á los balcones de casa de su novia; todos los días aguardaba en el mismo sitio á que Lola abriese los cristales, parecía una alondra esperando al sol. La pareja de Orden público, que vela por la humanidad en aquellas alturas, había llegado á considerar al estudiante como á un camarada; al principio desconfió del joven viéndole rondar por la barandilla y atisbar por entre los barrotes de hierro, pero muy luego advirtieron los guardias la verdad del lance y di-